

CAPITULO IV.

Francisco de Sales deja la Universidad de Paris y va á estudiar á Padua.

(De 1586 á 1590.)

El Sr. de Deage, viendo que su ilustre discípulo habia concluido los cursos de Retórica y Filosofía, por los que habia venido á París, creyó debia proponer al Señor de Boisy le sacara del colegio. La extrema aversion que el santo joven mostraba hácia el mundo, su inclinacion á la penitencia, su gusto por la oracion, sus frecuentes relaciones con los monasterios, donde iba á buscar motivos de edificacion, todo hacia temer al Sr. de Deage que no abrazaria otro estado que el religioso; y si eso sucedia, el Señor de Boisy, sumamente contrariado en sus miras, reconvenida al ayo, que se encontraria entonces en una situacion embarazosa. Por otra parte, la Universidad de Padua gozaba de una reputacion europea por sus cátedras de jurisprudencia. Le pareció conveniente, por lo tanto, proponer el ir allí, y lo hizo en efecto; el Sr. de Boisy, dócil á este consejo, escribió al Sr. de Deage regresase con su hijo, recomendándole, sin embargo, que se detuviera de paso en las mas hermosas ciudades del reino, para hacer ver á su discípulo lo que se encontraba en ellas de mas notable.

Francisco de Sales, formado en el desprendimiento de la propia voluntad y acostumbrado además á ver en todos los sucesos el orden de la Providencia y el beneplácito de Dios, que amaba sobre todo, se sometió sin trabajo á esta decision; pero antes de partir no dejó de cumplir con lo que le prescribian el reconocimiento y la amistad. Fue á dar gracias á los PP. Jesuitas, y mas particularmente á sus profesores, por los cuidados que le habian prodigado. Fue igualmente á despedirse de sus amigos, que le veian

alejarse con un vivo sentimiento. Partió acompañado de cuatro de ellos que, para gozar mas tiempo de su amable trato y darle una prueba de su amistad, quisieron ir con él hasta Lyon.

Cuando llegó al castillo de Brens, donde aún residia su padre, es imposible espresar el gozo del Señor y la Señora de Boisy. Hacia seis años que no habian visto á aquel hijo tan amado, y desde entonces todo se habia desarrollado en él, el cuerpo, la inteligencia, y todas las bellas cualidades de su infancia. Admiraban su elevada estatura, su hermosa presencia, los rasgos mas varoniles de su rostro, el encanto de su conversacion, la dulzura de su carácter, la sabiduría de sus respuestas á las mil preguntas que se le proponian, y sobre todo, el candor de su inocencia y el fervor de su piedad. Nada escapaba á su mirada observadora, como lo es siempre la de un padre, ávido de encontrar nueva materia de admiracion. Su alegría era tanta, que á menudo se sorprendian en sus mejillas lágrimas de felicidad.

Despues de haber consagrado los primeros momentos á la casa paterna, Francisco, fiel á los deberes que impone la sociedad, fue á visitar á los parientes y amigos de su familia, y por todas partes sus maneras nobles y afables le conciliaron la admiracion, al mismo tiempo que la amistad. Toda la nobleza de los alrededores consideró un honor el tratar á un joven de tanto mérito; se buscaba su trato, y de todas partes felicitaban á los padres por tener tal hijo.

Entretanto él, insensible á estas demostraciones y elogios, ponía toda su felicidad en la vida de familia. Procuraba complacer en todo á sus padres, acomodándose á los deseos de sus hermanos para darles gusto. Luis de Sales, desde los primeros dias, volvió á unirse á él con la misma intimidad que habian tenido antes del viaje á París, y las relaciones que mediaban entre los dos eran dulces y afectuosas. No lo eran tanto con Juan Francisco: éste, que fue el sucesor de su santo hermano en la silla de Ginebra, te-

nia un carácter áspero y envidioso. Para prevenir las consecuencias, Francisco procuraba en todo darle la preferencia. Si había que dividir alguna cosa, tenía una destreza maravillosa para proporcionarle la mejor parte; y si su hermano había merecido un castigo, se ofrecía á ser castigado por él. De este modo reinaba la union y la paz; lo que le hacia decir alegremente, hablando de sus dos hermanos y de él: «Entre los tres podríamos sazonar una buena ensalada. Juan Francisco, que es tan fuerte, haría un buen vinagre; Luis, con sus gracias y juicio, la sal; y el pobre Francisco es un buen muchacho que serviría para el aceite, pues tanto ama la dulzura.» (1)

Así vivía feliz Francisco de Sales, haciendo á todos felices en el castillo de sus padres. La Señora de Boisy no tenía mas que un deseo, y era que esta felicidad durase largo tiempo, que durase siempre. Los seis años de estudios pasados en París habían costado tanto á su ternura, que no podía soportar la idea de una nueva separacion por el interés de dar mas ámplia instruccion á su hijo. Pero el Señor de Boisy, consultando mas á su cabeza que á su corazón, y queriendo ante todo que este hijo tan amado recibiera una educacion digna de su nacimiento, de sus grandes talentos y de la magistratura, á la cual le destinaba, resolvió enviarle á Pádua, en el estado de Venecia, para que estudiase el derecho romano con el célebre *Guy Pancirolo*, cuyas sábias lecciones acudian á oír de todas partes de Europa (2).

Esta decision agradó doblemente á Francisco, pues conocia por la fama el mérito de Pancirolo y el gran pro-

(1) *Casa de Sales*, p. 219. —Dep. de la Madre Chaugy.

(2) *Guy Pancirolo* nació en Reggio en 1523, y fue nombrado por el Senado de Venecia profesor de derecho romano en Padua en 1547. Llamado á la Universidad de Turin en 1571 por el Duque de Saboya, volvió en 1582 á ocupar su cátedra de derecho en Padua, cuyos aires convenian mejor á una enfermedad que le habia atacado á la vista. Su reputacion era de las mas brillantes. Hay dos obras suyas: la primera es un tratado curioso *Rerum memorabilium deperditarum et nuper inventarum*; la segunda: *De claris juris interpretibus*.

vecho que podia sacar de sus lecciones, y sobre todo sabia que la Universidad de Pádua no sobresalia menos en la enseñanza de la teología que en la de la jurisprudencia, pudiendo así estudiar con ventaja la ciencia propia del estado eclesiástico, hácia el cual sentia siempre un vivo atractivo; y esto era suficiente para hacerle amar esta nueva escuela. Se hicieron los preparativos de la partida, los mas importantes de los cuales fueron los consejos del buen padre á su amado hijo, el cual recibió con respeto estos sábios avisos de la esperiencia y de la ternura paternal, los grabó en su corazón para arreglar por ellos su conducta, y partió, á pesar del invierno, acompañado del Sr. Deage, que seguia siendo su ayo. Nuestros viajeros atravesaron los Alpes sin accidente, y llegaron felizmente á Pádua á principios del año 1587.

Francisco, sin perder tiempo, se puso al punto al trabajo, y se prescribió ocho horas de estudio diarias, cuatro para la jurisprudencia y cuatro para la teología. El resto del dia que las clases de la Universidad le dejaban libre, era para los ejercicios de piedad, porque deseaba mas crecer en virtud que en ciencia. Pero desconfiando siempre de sus propias luces, se dijo á sí mismo, como se habia dicho en París, que para conseguir lo uno y lo otro necesitaba un director piadoso y sábio, que le condujese con mano hábil por el camino de la perfeccion y los senderos de la ciencia, para que su inesperiencia no le espusiera á seguir una torcida via. Su eleccion fue tan fácil como providencial. Un hombre eminente acababa de llegar á Pádua, precedido de una gran reputacion de santidad y doctrina: era el P. Possevin, de la Compañía de Jesus (1).

(1) Antonio Possevin, preceptor que fue de Francisco y de Escipion de Gonzaga, reunia á un gran celo por la Iglesia el genio de las lenguas y de las negociaciones. Esto le valió ser enviado en calidad de Nuncio á la corte de Venecia, donde trabajó por el restablecimiento de la religion católica, llegando á inducir al Rey Juan á abjurar el luteranismo; y luego á Polonia y á Rusia, donde restableció la buena inteligencia entre Juan III, Rey de Polonia, y el Czar Basilowitch, trabajando con todas sus fuerzas por la reunion de los rusos.

No bien le hubo conocido Francisco, comprendió sin titubear, y con una seguridad llena de alegría, que este era el hombre que necesitaba. Fue, pues, á buscarle y le descubrió su posición; por un lado el designio de su padre que le destinaba á la magistratura, por otro lado el atractivo constante que sentía hácia el estado eclesiástico. El Padre Possevin tomó tiempo para reflexionar, consultó á Dios sobre una revelación tan importante, y despues de varios dias de examen y oraciones, y de diversas entrevistas con su nuevo penitente, decidió que su vocación era de Dios. Pero fue aún mas allá, pues ilustrado, dicen varios autores, con una luz profética, aseguró que la Providencia le destinaba á ser un dia Obispo de Ginebra. Lo que es cierto y fue depuesto bajo juramento, es lo que dijo entonces al Sr. de Deage: «Este joven será algun dia un gran Prelado en la Iglesia;» (1) y convencido de que la cultura de un sugeto de tal mérito sería el mayor servicio que podia hacer á la religion, se dedicó enteramente á él, comprometiéndose á dar á su nuevo discípulo tres horas de lección diarias (2).

Feliz con haber encontrado tan hábil maestro, Francisco de Sales unió al estudio de la jurisprudencia el de las ciencias eclesiásticas, y así, al mismo tiempo que ejecutaba la voluntad de su padre, pudo prepararse, por medio de lecciones públicas y privadas, al santo estado hácia el cual se dirigian sus votos. Todos los dias estudiaba la Sagrada Escritura en el recogimiento de la meditación, y anotaba los mas bellos pasajes. Cada dia también estudia-

á la Iglesia Romana. A su vuelta de las cortes del Norte, predicó en Italia y en Francia con gran éxito, y por último se retiró á Padua, á donde llegó en 1587 para dedicarse, en la tranquilidad del retiro, á la composición de varias obras, cuyo objeto era facilitar el estudio de la teología y de la Sagrada Escritura. Los dos principales puntos de su trabajo son su *Biblioteca escogida*, en folio, llena de erudición y de notas, y el *Apparatus sacer ad scriptores Veteris et Novi Testamenti*, que tuvo mucha boga durante largo tiempo.

(1) Dep. de Mr. de Rouis en 1632.

(2) De Cambis, t. I, p. 87.—Juan de San Francisco, p. 40.—El P. la Riviere, p. 39.

ba la teología en tres autores que amaba y estimaba sobre todos los demás. En primer lugar colocaba á Santo Tomás, cuya *Summa* (1) era su libro predilecto; lo tenía siempre sobre su mesa, y buscaba allí la solución de todas las dificultades que encontraba, y la luz que disipaba las oscuridades que le ocultaban el brillo de la verdad. Le seguian San Buenaventura, cuyas piadosas obras tenían un encanto particular para su corazón; y las *Controversias* del Cardenal Belarmino, cuyo estudio le preparaba para resolver con claridad todas las objeciones de los herejes. De la teología le gustaba pasar á la lectura de los Padres, y en particular de San Crisóstomo, San Agustín, San Jerónimo, San Bernardo, y aún mas de San Cipriano, cuyo estilo armonioso, decia, se desliza con una agradable dulzura como una fuente muy pura; y á menudo componia trozos de elocuencia, en los cuales procuraba imitar ó reproducir las bellezas que habia admirado en estas lecturas (2).

Por medio de estos nobles y graves estudios, Francisco de Sales se inició en las ciencias sagradas, y cuanto mas las estudiaba, mas gusto hallaba en ellas. Sin embargo, no dejó absorber por el deseo de aprender, como sucede con frecuencia, el deseo y el tiempo de santificarse. Se esmeraba todos los dias en hacer progresos en la piedad, alentándose con estas palabras que se le oian repetir con frecuencia (3): «¿Para qué fin estás en el mundo? ¿Ad quid venisti? Los dias del hombre son contados, y pasan como la sombra (4). Hagamos el bien mientras hay tiempo para ello (5), pues se aproxima la noche, en la cual no se puede ya trabajar.» (6) Los Jesuitas, admirados de su virtud,

(1) Se llama *Summa* de Santo Tomás el curso completo de teología de este gran doctor, obra maestra, incomparable en la profundidad de los pensamientos y en la lógica del razonamiento.

(2) Carlos Aug., p. 25.

(3) Id., p. 14.

(4) Job. XIV y VIII.

(5) Galat., VI.

(6) Joan., IX.

le ofrecieron entrar en la congregacion de la Anunciacion de la Santísima Virgen, que ellos habian establecido en su colegio. Acogió esta proposicion con reconocimiento, y sacando de ahí un nuevo motivo y como un nuevo medio de fervor, se distinguió entre todos por una exacta observancia del reglamento, é igualmente por una modestia y una piedad dignas de servir de modelo á los mas adelantados.

Entonces fue cuando se trazó unas reglas de conducta en las cuales no se sabe qué admirar mas, si su sublime piedad ó su profundo juicio, sobre todo si se considera que no habia cumplido aún veinte años. Estas reglas se dividen en cuatro partes. La primera, que el autor designa bajo el nombre de *preparacion* (1), tiene por objeto el examen de prevision que debia hacer cada mañana para pasar bien el dia; en este ejercicio, el santo jóven empieza por humillarse ante Dios á la vista de los peligros de pecar á que su debilidad le espone, y en consecuencia llama al Señor en su socorro con varios pasajes de los Salmos; luego, despues de haberse representado lo que deberá hacer durante el dia, las compañías, los lugares, las ocasiones peligrosas en que podrá encontrarse, examina delante de Dios el modo de conducirse y de hacer bien cada cosa; toma una firme resolucion de observar lo que haya juzgado mas perfecto; y concluye por recomendar á Dios su espíritu, su corazon, su memoria, su voluntad, á fin de que en todo y por todas partes le ame, le sirva, y haga lo que le agrade.

La segunda parte contiene prácticas piadosas para santificar el dia y la noche. «Así que me despierte, dice (2), »dirigiré mis acciones de gracias al Señor, pensaré en la »devocion de los pastores que fueron con la aurora á adorar al divino Infante de Belén; en el fervor de las tres »Marías, que movidas por un vivo sentimiento de piedad,

(1) Opusc., p. 1.—Carlos Aug., p. 15 y siguientes.

(2) Opusc., p. 9.—Carlos Aug., p. 16.

»se levantaron muy temprano el dia de la Resurreccion »para ir á ver á Jesucristo en el sepulcro; y á imitacion de »estos bellos modelos, honraré á Nuestro Señor como la »luz del mundo que disipa las tinieblas del pecado y »muestra la senda del Paraiso, y le consagraré todo el dia. »Asistiré diariamente al santo sacrificio de la Misa, y con- »vocaré para esta grande accion todas las potencias de mi »alma, con estas palabras: *Venite, et videte opera Domini, »quæ posuit prodigia super terram; transeamus usque Beth- »leem et videamus hoc Verbum quod factum est, quod Do- »minus ostendit nobis* (1). Haré exactamente mi meditacion »cada dia, y si no tuviere tiempo en el dia, lo tomaré de »mi sueño antes que dejarla. Para preparar á ella mi alma, »si me despierto á media noche, despertaré mi corazon por »estas palabras: *Media nocte clamor factus est; ecce sponsus »venit, exite obviam ei* (2). Luego, pensando que durante la »noche vino Jesus al mundo, le rogaré que renazca en »mí: las tinieblas exteriores me harán pensar en las tinie- »blas interiores, á donde la tibieza y el pecado arrojarán á »las almas, y conjuraré al Señor disipe estas tinieblas por »medio de su dulce y bienhechora luz. Recordaré tambien »aquellas palabras del Salmista: *Durante la noche, elevad »vuestras manos al Señor y bendecidle. Llorad en vuestros »lechos los pecados del dia; yo bañaré mi lecho con mis lá- »grimas* (3). Si algunos terrores nocturnos vienen á sitiarme, me tranquilizaré pensando que mi ángel custodio »vela por mí; y sobre todo por la consideracion de la pre- »sencia de Dios, diciéndome á mí mismo: ¿Qué puede temer el que está con Dios? *El que guarda á Israel no se »dormirá: el Señor está á mi diestra para impedir que me »suceda ningun mal. Su verdad os cubrirá con su escudo: no*

(1) Es decir: Venid y ved las maravillas que el Señor ha obrado sobre la tierra. Vamos hasta Belén, y veamos el Verbo que Dios nos ha enviado. (Salmo XLV, y Luc. II.)

(2) En medio de la noche se dejó oír un grito: Ved aquí el esposo que llega; id delante de él. (Matth. XXV.)

(3) Ps. CXXXIV, 4 y 6.

»temais los espantos de la noche. El Señor es mi luz y mi
»salud: ¿Qué temeré yo?» (1)

Después de una noche tan bien empleada, el alma del
santo joven estaba sin duda perfectamente preparada para
la oración, á la que llama reposo ó sueño del alma en Dios.
Sin embargo, como este ejercicio es fundamental en la
vida espiritual, se prescribe en la tercera parte de sus re-
glas la manera de ejecutarlo (2). «Empezaré, dice, por re-
»cordar todos los beneficios que Dios me ha hecho, los
»buenos pensamientos y piadosos sentimientos que me ha
»inspirado, las gracias que me ha concedido, y sobre todo
»la de ciertos males y enfermedades que, debilitando mi
»cuerpo, han sido muy útiles á mi alma; y sacaré de aquí
»un firme propósito de no ofender nunca á un Dios que ha
»sido tan bueno para mí. Al cuadro de las bondades de
»Dios opondré la vanidad de las grandezas, riquezas y pla-
»ceres del mundo, su poca duración, su inestabilidad, su
»fin; las despreciaré, las aborreceré, y les diré: Retiraos
»lejos de mí, bienes engañosos, con los cuales el demonio
»seduce y pierde las almas; no os quiero, ni tengo nada de
»común con vosotros. Luego consideraré la fealdad y mi-
»seria del pecado, que degrada al hombre; que es indigno
»de un corazón noble; que lejos de dar un contento verda-
»dero y sólido, no proporciona mas que remordimiento y
»amargura; que sobre todo desagrade á Dios, cuya con-
»sideración sola basta para hacerle detestar para siempre.
»A estas reflexiones uniré lo que mi conciencia me dicte
»sobre la excelencia de la virtud, que es tan hermosa, tan
»noble, tan digna de un alma recta y honrada; que santi-
»fica al hombre, hace de él un ángel y casi un dios, dán-
»dole á gustar sobre la tierra los placeres del Paraíso, y
»haciéndole objeto de las complacencias del Criador. A fin
»de escitar mas fuertemente aún en mí el horror al vicio y
»el amor á la virtud, admiraré la hermosura de la razón,

(1) Ps. CXX; CV, 26.

(2) Opusc., p. 20.—Carlos Aug., p. 20.

»esa antorcha bajada del cielo para iluminar nuestros pa-
»sos, que no se extravían ciertamente sino cerrando los
»ojos á la luz. Pero sobre todo consideraré la muerte, los
»juicios de Dios, el Purgatorio, el Infierno, diciéndome á
»mí mismo: ¿De qué me servirán entonces todas las cosas
»presentes? De ahí me elevaré á la contemplación de las
»perfecciones de Dios, que estudiaré primero en la vida y
»muerte de Jesucristo, en María y todos los Santos; donde
»brilla con un esplendor tan puro una emanación de estos
»hermosos atributos; luego en el cielo mismo, donde en-
»traré con el pensamiento, y donde, después de haber ad-
»mirado la felicidad de los Angeles y de los Santos, des-
»cansaré dulcemente en el amor de la divina Bondad, la
»gustaré en sí misma, beberé de esta agua vivificante en
»su propia fuente, y diré: ¡O Señor! Vos solo sois bueno
»por esencia, la Bondad misma, la Bondad eterna, inago-
»table, incomprendible.»

Después de estas hermosas consideraciones, tan propias
para alimentar la piedad en la meditación, el santo joven
se trazó las reglas que debía seguir en su trato con el
mundo; y no se sabe qué admirar mas, si esa rápida ojea-
da que acabamos de ver, que abraza todo el conjunto de
la religión para escitarse á la virtud, ó el tacto perfecto
y el esquisito buen juicio con que traza estas nuevas
reglas.

1.º «No mostraré, dice, desvío ni desprecio á nadie (1),
»porque esto denotaría un espíritu orgulloso y crítico:
»también me guardaré de obrar demasiado libremente con
»ninguna persona, aunque sea mi mejor amigo, pues esto
»se tomaría por ligereza, y á veces hasta por insolencia.
»No haré ni diré nada que no esté en el orden; evitaré,
»sobre todo, ajar, zaherir, ó hacer burla de los demás, y
»honraré á cada uno según su mérito y dignidad. Obser-
»varé la modestia, hablando poco y bien: vale mas que los
»que me escuchan queden con deseo de oírme, que dis-

(1) Opusc., p. 28.—Carlos Aug., p. 23.

»gustados. Si la visita es corta y alguno sostiene bien la
»conversacion, solo me limitaré á saludar á la concurren-
»cia de un modo cortés y modesto, que no tenga nada de
»austero ni de melancólico.

2.º »Seré amigo de todos y familiar con pocos. Es di-
»fícil aprovechar con muchos, y no perderse con los cora-
»zones maleados. Observaré una dulzura que no tenga
»nada de afectada; una modestia que destierre todo aire
»de orgullo; una sencillez que aleje la austeridad; una com-
»placencia que escluya la contradiccion en lo que no se
»interese la conciencia; en fin, seré cordial sin disimu-
»lo, porque á los hombres les gusta saber con quién tra-
»tan. Sin embargo, me confiaré mas ó menos, segun las
»personas con quienes esté.

3.º »Variaré el género de mi conversacion, segun las
»clases y los genios: con los que me son superiores, ten-
»dré un lenguaje y unas maneras mas esmeradas, pues el
»respeto que les es debido así lo exige; con mis iguales
»evitaré todo lo que pueda aparecer afectado, contentán-
»dome con ser bueno y sincero en mis palabras y acciones;
»y con mis inferiores podré permitirme usar de términos
»indiferentes, pues estas dos últimas clases de personas,
»atribuirian á afectacion y esceso de gravedad otro modo
»de proceder. Sin embargo, consultando la discrecion po-
»dré mezclar con todos lo perfecto, lo bueno y lo indife-
»rente, pero con nadie me permitiré lo malo. Si tengo que
»tratar con algunas personas sombrías y melancólicas, que
»desean se les descubran sus flaquezas, me guardaré bien
»de decirles nada, pues serian capaces de discurrir durante
»diez años ó mas sobre la menor imperfeccion; y luego, ¿á
»qué propósito divulgar sus defectos? ¿No los ven bastante,
»y no se manifiestan por sí mismos? Bastará confesarlos
»cuando sea oportuno, y no descubrirme sino cuando sea
»necesario, para no despertar en estas almas curiosas una
»sospecha peor que la cosa misma que quieren saber. Si
»son personas altaneras é insolentes, me ocultaré comple-
»tamente y guardaré silencio, ó hablaré las menos pala-

»bras posibles: si son personas de un trato agradable y
»que tengan el temor de Dios, les hablaré con austera
»franqueza.

4.º »Si la necesidad me obliga á tratar con los gran-
»des, tendré cuidado de mantenerme en mi puesto, porque
»se debe hacer con ellos lo mismo que con el fuego, no
»aproximarse demasiado; tendré en su presencia mucha
»modestia, y al mismo tiempo una noble libertad, porque
»los grandes quieren ser respetados y amados. La modes-
»tia indica respeto, y la libertad demuestra afecto. Por eso
»conviene estar con libertad en su compañía, siempre que
»no se olvide el respeto que se les debe. Con los iguales se
»debe ser tambien libre como respetuoso; con los inferio-
»res, mas libres que respetuosos; con los que nos son su-
»periores, mas respetuosos que libres.»

Tales son, en compendio, las reglas que se trazó Fran-
cisco de Sales en Pádua, y ayudado de ellas, se hizo tan
agradable á Dios y á los hombres. Sin embargo, antes de
adoptarlas para su conducta, el humilde jóven, que sabia
el provecho que hay en consultar, y que el camino de la
obediencia es el único que no estravía, las sometió al
Sr. Deage y al P. Possevin. Con su favorable aprobacion,
las escribió en latin al principio y al fin de un librito de
oraciones que llevaba siempre consigo, á fin de leerlas á
menudo y ponerlas exactamente en práctica. Permitió á
algunos jóvenes las copiaran para poder mas fácilmente
conformar con ellas su conducta, y por esta condescen-
dencia sirvieron, no solo para su santificacion personal,
sino tambien para la de otros.

Parecia que una virtud tan pura y tan amable no debia
encontrar por todas partes mas que respeto y amor; pero
está escrito que los que quieren vivir en la piedad sufri-
rán persecucion, y era preciso que Francisco de Sales es-
perimentase en sí mismo la verdad de este oráculo. Un dia
unos jóvenes libertinos, atribuyendo á cobardía y bajeza
de alma la humildad y dulzura que la religion habia for-
mado en él, concibieron el designio de prepararle alguna